

Palimpsestos de una amistad literaria: Francisca Aguirre y José Hierro*

Eva Álvarez Ramos
Universidad de Valladolid

Elia Saneleuterio
Universitat de València

“Mi mundo poético sería otro y, sin duda peor, si no hubiese leído los poemas de José Hierro”
Francisca Aguirre, “8 años sin Hierro” 95

Resumen: Este ensayo muestra las relaciones palimpsésticas que se establecen entre las obras de Francisca Aguirre y José Hierro, derivadas de la amistad que se profesaban y la admiración que se demostraban. Centra su consecución en tres ámbitos temáticos concretos: la memoria y la infancia; el valor de la música y las relaciones transtextuales con los clásicos. Se aproxima, además de forma tangencial, a intertextualidades no implícitas existentes en los poemas de la alicantina y el madrileño-santanderino. Se concluye con la necesidad de ampliar el estudio y profundizar en la transcendencia textual de sus obras y la interacción poco explícita que de ellas se deduce.

Palabras clave: Francisca Aguirre – José Hierro – Concordancias – Música – Infancia – Intertextos.

Introducción

Si quieren estas líneas hacer una aproximación bibliográfica profunda a la figura de Francisca Aguirre Benito (1930-2019). Aunque por ahora se le han dedicado pocos estudios monográficos, las tesis doctorales de Culebras Carnicero (*La obra poética de Francisca Aguirre*) y Asurmendi prueban que su obra interesa en la academia, además de las decenas y decenas de artículos y capítulos que analizan su poesía, más numerosos cuanto más nos acercamos, por fecha, a su obtención del Premio Nacional de Poesía en 2011 (Almela Boix; Bados Ciria; Bellveser; Culebras Carnicero “El refugio y la evasión” y “Francisca Aguirre: memoria y poesía”; García Martín; Ismail; Jurado Morales; Marina Sáez; Mudrovic, “Modelos de maestría” y “In search of a moral compass”; Payeras Grau, “Francisca Aguirre ante el mar de Homero” y *Voces de mujer*; Ugalde) y, sobre todo, llama la atención el incremento tras su fallecimiento (Angulo Menassé; Cacciola; Del

* Aportación realizada en el marco del Proyecto de I+D+i «Género, cuerpo e identidad en las poetisas españolas de la primera mitad del siglo XX», dirigido por la Dra. Helena Establier y financiado por Programa Estatal de Generación de Conocimiento (ref. PID2020-113343GB-I00).

Olmo Iturriarte; Fernández Martínez; Martínez Ezquerro; Muro Munilla; Pulido Tirado; Segura Amancio; Valero Gómez). La intención del escrito es acercarnos a su legado a través de las concordancias y proximidades con el poeta José Hierro Real (1922-2002), nacido en Madrid, pero santanderino de adopción, con el que compartió tiempo, amigos y pasiones. Fue, precisamente, el madrileño el que le presentó a Félix Grande, en el Aula Poética del Ateneo que dirigía el propio Hierro: “En esa aula, y gracias a Pepe, conocí a Félix Grande. Unos días después éramos amigos, y unos años más tarde, estábamos casados” (Aguirre, *Espejito, espejito* 126).

La amistad de los poetas y la mutua admiración se palpa y permea en la obra de la alicantina. Le cautiva la figura del madrileño, más allá de la honda amistad que los une. Es consciente de que la presencia del Hierro poeta y del Hierro hombre han sido piezas claves en la construcción de su persona:

Mi mundo poético sería otro y, sin duda peor, si no hubiese leído los poemas de José Hierro. Y no solo mi mundo poético, yo también sería peor sin esos poemas, sobre todo sin la experiencia fantástica que fue conocer, vivir, disfrutar de la persona que se llamó José Hierro. Sin su sentido de vida, la moral, su desatado amor por la pintura, sin su estremecimiento con la música y su entusiasmo con los seres y la vida en general, yo sería mucho más pobre. En principio su sentido del ritmo, el río musical que acompaña todos sus poemas. La joyería imaginativa que puebla su mundo poético. El desgarramiento biográfico. La visión crítica de la sociedad de su tiempo. El homenaje a los clásicos que navega en toda su obra (Aguirre, “8 años sin Hierro” 95).

Valora además del esplendoroso imaginario hierriano, sus pulsiones biográficas, la presencia latente de los clásicos, la perspectiva condenable de su época y el atrayente influjo de la música. Todas estas particularidades estimadas están presentes, en mayor o menor medida, en la poética de Aguirre. Tanto su poesía como su propia vida están marcadas por una especial sensibilidad artística y un compromiso político teñido de cotidianidad y que pendula “de la odisea al abrigo” (Valero Gómez y Saneleuterio). Su obra se caracteriza, pues, por una profunda exploración de las emociones humanas, la memoria y la identidad, así como por su ya mencionado compromiso con las causas sociales y políticas de los tiempos que le tocó vivir —por eso, citando un verso de Rilke, acabaría identificando la vida como “una larga dolencia” (Aguirre, *Ensayo general* 583)—. A través de sus libros aborda temas como el exilio, la injusticia, el amor y la pérdida, con una voz lírica y emotiva que consigue cautivar y que explica el creciente interés que despierta entre quienes estudian la literatura contemporánea.

Clásicos compartidos

La poesía de Francisca Aguirre se embebe, al igual que la obra hierriana, de un profundo conocimiento de los clásicos españoles. Los intertextos presentes en su obra, bien como homenaje, bien como memoria o latido inconsciente, pautan un nexo

común en la obra de ambos poetas. En su poemario en prosa *Maestros cantores* hay espacio para Manrique, Santa Teresa o Garcilaso, por poner algún ejemplo. El volumen, centrado en homenajear a los hombres y mujeres que la han inspirado y, por ende, acompañado en su trayecto vital, permite elaborar una poética de la madrileña a través de sus lecturas y de sus pasiones. Hay un nexo común en todos ellos, haber apostado por una literatura humana, excesivamente humana (Oliván).

Nos detendremos en tres figuras presentes en las obras de Paca y Pepe y que aparecen recogidos en la citada obra: Jorge Manrique, Francisco de Quevedo y Lope de Vega.

En “¿Qué mano retuviste en sueños, don Francisco?” (*Ensayo general*), loa Aguirre los tormentos del amor no correspondido de su “desdichado enamorado inútil”, apelativo con el que denomina al poeta. Olvidando su producción satírica, centra sus palabras en la obra amorosa y le cuestiona sobre la consecución probable del amor ansiado al que cantaba: “¿Te miraron alguna vez los ojos que anhelabas? ¿Suspiraron por ti los labios esos? ¿Latió por ti aquel pecho que tanto deseabas?” (326). Vislumbra, como en toda su obra, una esperanza, un fleco de felicidad derivada del sufrimiento: “la mano aquella que tanto perseguiste avanza entre tu polvo enamorado, lo aparta, lo separa y, por fin, acaricia con lujurioso amor tu absorto abandonado corazón” (326). Pero más aún se percibe su presencia y la seducción quevediana en otros poemas de la autora, gran sonetista en su sentido clásico. Emilio Miró sitúa algunos versos en la sobrecogedora estela del gran Quevedo, reforzando su presencia en los intertextos explícitos de la alicantina en “Insistes en la vida febrilmente”: “Pero el sueño quebrose como el yeso / y has quedado al final, como en Quevedo, presentes sucesiones de difunto” (*Ensayo general* 235). Es precisamente, el escritor del siglo de oro el encargado de abrir *Nanas para dormir desperdicios*. La cita “Yace la vida envuelta en alto olvido” (7) representa el corazón del poemario, la invisibilidad de ciertas cosas consideradas como inútiles o de poca valía. Justifica, igualmente, el relato de sus memorias en *Espejito, espejito* “Yace la vida envuelta en alto olvido. No quiero que Quevedo tenga razón. Por eso, entre otras cosas, escribo este libro, para que la vida no yazga envuelta en olvido” (137). La recuperación de la memoria es una tarea obligada en los dos poetas. Rasgo compartido sobre el que volveremos más adelante.

Los influjos de Quevedo en el madrileño se muestran más próximos a su escepticismo, con un tinte menos dilatado y con una solución menos barroca, por lo religiosa, y más centrada en la persona, Es cierto, que a Hierro como “gran desencantado. Nada le libra de la profundidad de su escepticismo, si no es refocilarse en el mismo dolor, en la misma desesperanza que es una forma de alegría” (Mantero 39):

Aquel que ha sentido una vez en sus manos temblar la alegría,
no podrá morir nunca.
[...]
no podré morir nunca.

Aunque muera mi cuerpo, y no quede memoria de mí (Hierro, Poesías completas 140).

Se aprecian ecos a la pervivencia del amor más allá de la muerte (“polvo serán, más polvo enamorado”), en este caso la alegría es la que sobrevive a la parca. El júbilo es el que da sentido a la vida perdida, al igual que el amor lo hace en Quevedo.

Junto a don Francisco, Jorge Manrique surge explícito en los versos de Hierro, inmerso en esa constante marítima hierriana.

Nada te pertenece. Todo es afluyente, arroyo
 Sus aguas en tu cauce temporal desembocan.
 Y hechos un solo río os vertéis en el mar
 “que es el morir” dicen las coplas (Hierro, *Poesías completas* 294).

La pasión por el mar del madrileño, así como su noción existencial de la vida, recogida en el poema “El esteta”, nos acerca al concepto clásico *panta rhei*, del fluir continuo, en él unas cosas se van y llegan otras: “Y que el cantar que hoy cantas será apagado un día / por la música de otras olas” (*Poesías completas* 294).

Francisca Aguirre, por su parte, retoma la parte más inquisitiva de Manrique. Su influencia se percibe en el reiterado uso de la interrogación retórica, esparcida con alegría en la obra de la Aguirre:

¿Dónde estarán las cosas que me faltan?
 ¿Dónde se cayó el dos de la alegría?
 ¿Dónde se extraviaron los detalles? (Aguirre, *Ensayo general* 62)

Bien es cierto, que nutre de cotidianidad las cuestiones clásicas de presencia mucho más grave. En su línea de hermanación con los objetos, circunstancias y estados del mundo que la rodea, y su sabia visión humilde de lo que acontece, se interroga por esas pequeñas cosas. La pregunta surge también, como una constante, en los diálogos mudos entablados con los homenajeados recogidos en *Maestros cantores*. Mantiene, de igual modo, Aguirre la máxima medieval del *tempus fugit* presente en las coplas de Manrique: “Pues si vemos lo presente / cómo en un punto se es ido / y acabado” (*Ensayo general* 47). Aquí lo vemos representado en *Argumento. Los cantos de la Troyana*: “Como se escapa el agua de las cestas, / el porvenir, la dicha, todo es ido” (*Ensayo general* 256)

En esta senda de encuentro con los clásicos, también en *Maestros cantores*, más concretamente en “Nadie lo hubiese imaginado”, palpita oculta la figura de José Hierro y la conmoción sentida al arrullo de los versos del madrileño.

Pero un día los versos de un poeta entraron en mi casa como penetra el mar en la galerna, cuando las olas crecen, avasallan, arrebatan todo lo que es escombros y desacierto. Y entonces vi los ojos mágicos de Marta y vi tus ojos tristes y acendrados, tu amor, tu compasión, tu vida cierta. Oigo el mar susurrando el viejo enigma: despacio, Lope, despacito, no se vaya a caer, vamos, amigo, déjame que te ayude a subirle las sábanas a Marta (Aguirre, *Ensayo general* 327).

Dedica uno de los capítulos a Lope de Vega, a su genio, vitalidad y correrías; pone el acento en el virtuosismo del poeta y dramaturgo: “el amo, el dueño desdeñoso del lenguaje” (327). Construye Paca una figura idealizada plena de ingenio y fruto de admiración; deseado por las mujeres, valorado en la corte... La contradicción se asienta en el reconocimiento de la realidad a la que accede con acento manriqueño a través de la interrogación retórica “¿Quién iba a imaginarte solo y triste?” (Aguirre, *Ensayo general* 327). Se produce la anagnórisis del conocimiento, del reconocimiento de un Lope de Vega humano y en pecado, fiel a Marta de Nevares, alejado por voluntad de la vorágine del ruido, de sus veneros, de sus ríos de abundancia y su fama loca, de sus otros romances y líos palaciegos... (Aguirre, *Ensayo general* 327). El diálogo intertextual con el poema de Hierro “Lope. La Noche. Marta” faculta además la escucha sinestésica del cierre imperativo “Oigo el mar susurrando el viejo enigma” (Aguirre, *Ensayo general* 327).

[...]

Hasta mañana, Noche.
Tengo que dar la cena a Marta,
asearla, peinarla (ella no vive ya en el mundo nuestro),
cuidar que no alborote mis papeles,
que no apuñale las paredes con mis plumas
—mis bien cortadas plumas—,
tengo que confesarla. “Padre, vivo en pecado”
(no sabe que el pecado es de los dos),
y dirá luego: “Lope, quiero morirme”
(y qué sucedería si yo muriese antes que ella).
Ego te absolvo.
Y luego, sosegada, le contaré, para dormirla,
aventuras de olas, de galeones, de arcabuces, de rumbos marinos,
de lugares vividos y soñados: de lo que fue
y que no fue y que pudo ser mi vida.

Abre tus ojos verdes, Marta, que quiero oír el mar. (Hierro, *Poesías completas* 602)

La Noche, quizá metáfora de la vejez, la muerte e incluso de la ceguera de Marta de Nevares, se interpone casi físicamente —de ahí la mayúscula que la convierte en alguien, con nombre propio (Saneleuterio *Símbolos*)— entre los amantes, entre lo vivido y lo que vivirán. Se personifica su presencia como elemento discordante del que no puede deshacerse. Vivir conlleva el deterioro y la decrepitud. Lope, siendo poeta, muestra su lado humano y su tristeza, y la preocupación cotidiana de los mantos del amor “y qué sucedería si yo muriese antes que ella”. El monólogo dramático, entreverado con algún diálogo, faculta la ocultación del yo “el poeta da voz y crea un personaje para mostrar los hechos desde dentro, es decir, para producir un efecto de

inmediatez y objetividad manteniéndose, a la vez, distante” (Sabadell Nieto 178). No obstante, la presencia de Hierro parece sentirse en esa solicitud marítima final.

Torres Nebrera (198-199) apunta que el simbolismo de la noche en este poema es especialmente abarcador. Luce López-Baralt lo ha vislumbrado desde que conoció el poema —hablar a la noche es, en el fondo, hablarse a sí mismo—, y lo sintetiza así:

Aunque la noche no deja de sentirse como angustiada en esta primera parte del poema, ya que está asociada a la conciencia de un sacerdote pecador, espero poder demostrar que es mucho más que eso, y que gracias precisamente a esa noche, que se torna fecundísima y transformante, el Lope ficcionalizado logrará fundir su alma con la de su amada Marta, más allá de toda culpa, más allá el cuerpo mismo (109).

Se inscribe el homenaje en la línea de los poemas finales de *Argumento* (*Los cantos de la Troyana*), de Aguirre, donde se canta al amor sereno y maduro, alejado del arrebatado pasional inicial y centrado en el acompañamiento y las vicisitudes del momento: “Y si después de todo, todo fuera / un ir muriendo para al fin morirnos, / a qué este loco empeño en convertirnos / en contables de un tiempo que no espera”¹ (Aguirre, *Ensayo general* 258). Se llama a la calma en un claro paralelismo con el texto de *Maestros cantores* (“despacio, Lope, despacito” [*Ensayo general* 327]):

[...]

Entonces, amor mío, ten sosiego
y aprovecha esta cueva que te ofrezco
y apura el agua que yo no he bebido.

El viento nos arrastra frío y ciego,
toma mi manta mientras yo envejezco:
amarte de otro modo no he sabido (Aguirre, *Ensayo general* 258).

Esta perspectiva del amor queda también patente en el soneto “Nos ha vivido el tiempo y de repente”, que defiende “la compañía solidaria frente al desamparo de la especie, el refugio, la calidez, compartidos por quienes conocen, y sufren, el deterioro, el desvalimiento” (Miró 12). El demolidor paso del tiempo aplaca los fuegos voraces de las pasiones juveniles e iniciales, se alcanza, entonces, un amor más sosegado sustentado por el conocimiento y el acompañamiento. El sujeto poético alterna el

¹ José Hierro, sabemos que culmina su obra poética con el famoso soneto “Vida”, al ubicarlo como cierre de *Cuaderno de Nueva York* (1998). Dedicado a su nieta Paula, comienza con los versos oximorónicos “Después de todo, todo ha sido nada, / a pesar de que un día lo fue todo” (*Poemas completos* 687). Hecho que demuestra que Pepe también leía a Paca, no parece casualidad —aunque quienes lo han analizado no lo han apuntado (Begines Hormigo)— que empiece de un modo muy parecido el soneto.

nosotros, en referencia al tú y al yo de la pareja, con la primera persona que activa la apelación y resulta más confesional.

[...]

Dame tu mano al borde de esta nada
y nademos en contra de las olas
como buscan los náufragos la playa,

sin pensar en la orilla deseada.
Porque es mejor nadar juntos que a solas
y por si acaso el corazón nos falla. (Aguirre, *Ensayo general* 254)

La otra música

La cita de Pepe con que Paca inaugura *La otra música* (1973-1977) pertenece al poema “Experiencia de sombra y música (*Homenaje a Haendel*)” (Hierro, *Poesías completas* 459-461), de *Cuanto sé de mí* (1957):

No era la música divina
de las esferas. Era otra
humana: de aire, agua y fuego.

El poemario, posiblemente el mejor de Aguirre junto con *Pavana del desasosiego* (García Martín), se divide en dos partes (“La otra música” e “Interludio Atonal”) y consta de 38 poemas que encierran otro de los elementos claves en las poéticas de Aguirre y de Hierro: la música. Antes de la sonoridad rítmica y retórica del poema, nos hallamos con otros muchos versos, poemas o poemarios que la homenajean, bien con la presencia de sus autores favoritos, bien con la aparición de ciertos sonos o como alabanza generalista. Ejemplos de lo cual pueden ser “Beethoven ante el televisor” (*Poesías completas* 626-627), “Verdi 1874” (*Poesías completas* 592), “Adagio para Franz Schubert” (*Poesías completas* 665-668) —precisamente dedicado a Paca Aguirre—, “Rapsodia en blue” (*Poesías completas* 617-621), “Acordes a Tomás Luis de Victoria” (*Poesías completas* 339-340) o “Retrato en un concierto (Homenaje a J. S. Bach)” (*Poesías completas* 495-498), en la obra de Hierro; y *Nanas para dormir desperdicios*, *Pavana del desasosiego*, “El coro” (*Ensayo general* 220) o *Los maestros cantores* en la obra de Aguirre, por mencionar algunos.

La música concebida como cura, ha sido pieza clave desde la infancia para Paca. En *Espejito, espejito*, por ejemplo, rememora el poder sanador en los atisbos de su infancia: “Como en casa no había de nada, el descubrimiento de la lectura y la música (la música a través de la radio, claro) fue algo absolutamente maravilloso. Por aquellas dos ventanas podíamos escapar de la triste realidad que nos había tocado en suerte” (Aguirre, *Espejito, espejito* 121). En el poema confesional “El último mohicano” (Aguirre, *Ensayo general* 151-153) se observa desde el presente en calma, aquel pasado desgarrador al que accede Aguirre desde la antítesis del dolor y la esperanza:

[...]
 Cierta que no tuvimos nada,
 que muchas veces nos faltaba de todo.
 Pero aunque algunos días no comimos,
 tuvimos una radio para oír a Beethoven,
 y un día de Reyes de mil novecientos cuarenta y cuatro
 mamá y los tíos fueron al Rastro:
 nos compraron tres libros:
La cuesta encantada, Nómadas del Norte
 y
El último móbicano.
 Dios sabe cuántas veces habré leído esos libros.
 Mamá nos trajo *El último móbicano*
 y de la mano de ese indio solitario
 entramos en el mundo de lo maravilloso
 y lo tuvimos todo para siempre.

Y ya nadie podrá quitárnoslo. (152)

La música y la cultura en general (en este caso la literatura) son su salvación al sufrimiento, evaden del dolor y la angustia cubriendo cualquier necesidad “y lo tuvimos todo para siempre”, con el añadido de que nada ni nadie puede robar la maravilla de su disfrute. Encuentra Paca una mano amiga en la desesperación y sana sus heridas con la música y la palabra.

Volviendo a *La otra música*, la cita de José Hierro orienta claramente el sentido del indefinido “otra” y, en definitiva y como dice María Ángeles Pérez López en el prólogo de ese mismo volumen: “*La otra música* (y el conjunto de la obra de Aguirre) responde al rechazo de aquello que se limita a buscar la belleza estética” (17). Hay cadencias comunes, compositores citados como Bach y Beethoven, y un común sentimiento de que no se trata de la música divina, ni siquiera a veces la compuesta en la tierra que la emula, sino la música humana, que emana de la crueldad de la vida. Así nos encontramos con los poemas “Música depredadora”, Música de la huida”, “Música del fondo” (con un ágil juego de palabras buscando aproximarse al dicho homónimo mediante el recurso de la paronomasia).

En *Ensayo general* de Aguirre constan las fechas “1973-1977” (161) como el lapso en que se compuso *La otra música*; no obstante, existen indicios de que el poemario estuvo terminado antes, pues en 1972 se publicaron catorce poemas en *Cuadernos Hispanoamericanos*, encabezados por el poema “La otra música”. La mitad de ellos iban numerados bajo el rótulo “Poemas átonos”, pero luego acabarían encontrando su título en la edición definitiva.

La otra música

¿Qué música te cantan?

¿Por qué te cantan esa música?
 ¿Y para qué la escuchas
 como si te trajese algún mensaje
 y no silencios desarticulados,
 timbales de distancia,
 calderones de llanto oscuro?
 Esa música suena a guerra macilenta,
 a deserción en campo de batalla,
 a despojo que corre,
 contagiando desdicha.
 No creas esa música,
 no la dejes medrar,
 ocúltale tu corazón,
 cállalo a tientas.
 Cúbrete de esa música de espanto
 o te destrozará. (*Ensayo general* 169)

Emplea Aguirre la música para mostrar su intimidad golpeada (Culebras Carnicero 2017) para musicalizar, como en este caso, una memoria personificada:

Arrodillada la memoria canta
 algo que fue su vida en otro tiempo:
 quisiéramos saber, tocar la herida,
 descansar del asombro y la tristeza.
 Quisiéramos volver a la esquina de entonces,
 cuando vivimos algo en cuya melodía
 huimos derrotados. (*Ensayo general* 267)

Pero todavía hay “otra música”, aquella que afecta de lleno al armazón del poema, a sus andamios líricos, aquella que construye la melodía, el verso, incluso toda la obra. “No creo en los versos de belleza aislada”, proclamaba Hierro en el prólogo a sus *Poesías completas* como manifiesto a la totalidad de la obra; a la necesidad de “hilar musicalmente, entretejer, componer” (Mantero 39) melódicamente el legado. Continúa latente, en Hierro, la visión heracliana del devenir de la vida, en esta ocasión con la música como *leitmotiv*.

Músicas muertas en los tocadiscos
 de los muchachos, como antaño en pianolas y organillos.
 Música viva como un mar que transcurre, para los soñadores
 —Bach, Schumann, Brahms o Debussy—;
 señales de otras músicas futuras de otras vidas,
 de otros tiempos —Boulez, Berio, Stockhausen, Luis de Pablo—,
 viejos probablemente cuando leáis estas palabras
 viejas también, que ahora arrojó al olvido. (Hierro, *Poesías completas* 515)

Como apunta José Manuel Ripoll, consigue, mediante su canto, corporeizar su pensamiento, planteando, asimismo, un *ad continuum*, “que no sucede *ahora*, sino que viene silbando desde *siempre*, desde el eterno cancionero de los hombres” (s. p.).

Cabe, además, mencionar otra concordancia musical con el poemario *Pavana del desasosiego*, donde Lorenzo Oliván ha querido ver un compendio de poemas próximos a los mejores de Hierro; cercanos no por significado, sino “a través del son y de la atmósfera de las palabras” (6). El santanderino de adopción era, además de un apasionado musical –“Cuando hablaba de música se nos ponía a todos la carne de gallina” (Aguirre, *José Hierro; una presencia permanente* 11)– un cuidador de la palabra, a la que trataba con suma delicadeza y amor, hasta encontrarle su música idónea, “Casi de forma natural –decía– surgen sus músicas” (Ripoll s. p.).

De forma natural surgen también las melodías de *Nanas para dormir desperdicios* (2007), de Aguirre. Retomando esa musicalidad propia de la lírica y de la misma vida, reincide en esa noción de la “otra música”, la que no se hace, la que no se quiere escuchar y entona estos cánticos populares aptos para conciliar el sueño de los adultos. Musicaliza reflexiones sobre los desechos, sobre las pérdidas, sobre los nimios objetos pocas veces cantados: la ceniza, los libros viejos, las mondas o el pingo. Percute las notas de esa otra música hierriana.

Memorias que evitan ausencias

La infancia y su memoria es una de las obsesiones de Francisca Aguirre. En José Hierro es mucho más anecdótica y suele incardinarse más en el presente (primeros libros, con algunas pocas incursiones al pasado...) o en el imposible (tiempo alucinado, yoes escénicos [personaje interpuesto] que pueden referirse a un pasado histórico o mezclado con el presente, pero alucinado). No obstante, en ambos, quizá por haber vivido tiempos crueles, se presume una pugna por mantener encendida y candente esa “memoria desacreditada” (Aguirre, *Ensayo general* 256). Todorov reconoce que “Cuando los acontecimientos vividos por el individuo o por el grupo son de naturaleza excepcional o trágica, tal derecho se convierte en un deber: el de acordarse, el de testimoniar” (26). Este recuerdo obligado que mantiene la intención de no ser repetido, y de igual forma, lleva adscrito en Aguirre y Hierro la recuperación de una memoria borrada por los ganadores de la contienda, “responde [la obra de Aguirre] a la necesidad, común al colectivo de españoles que vivieron y perdieron la guerra civil, de legar a otros sus experiencia, de darles a conocer lo que no han vivido pero que es importante que conozcan y no olviden” (Almela 14). Como perdedores, han de pelear por mantener vivos los recuerdos que otros quieren eliminar.

[...]

Donde tú llegas huele mal, apestas
con el triste perfume del olvido
que emborriona tu rostro atardecido
del que han huido todas las respuestas

[...]

No eres más que una angustia comedida,
un extraño agujero errante y fútil
y una memoria desacreditada. (*Ensayo general* 256)

El paralelismo podemos hallarlo en este otro poema de Hierro, “Rapsodia en blue” de *Cuaderno de Nueva York*,

[...]

Tomo a mi niño de la mano para espantar el miedo.
Y no hay niño. No hay nadie,
y yo lo necesito antes de que me vaya,
antes que todo se evapore en la fragilidad de la memoria.
He de recuperar la realidad
en la que yo no sea intruso.

[...] (Hierro, *Poesías completas*, 620)

Existe el deber de reescribir la historia también de la voz de los perdedores, para no extender un discurso sesgado. Necesita el poeta, al igual que Aguirre, recuperar esa realidad en la que no sentirse como un extraño. Debe la memoria resistir a la fragilidad del paso del tiempo y retrotraerse a lo acaecido para dejar testimonio de ello.

Se produce una paradoja entre el recuerdo y el olvido. Entre el deber de no olvidar y la necesidad de hacerlo para huir del dolor vivido. Y es que el pasado es algo que atormenta a los poetas sociales, a veces más que el presente (Saneleuterio *La palabra subterránea*), porque no tenemos ya poder de influir en que las cosas cambien: “Llega el pasado a nuestro lado. / Ladra furioso, como un perro” (Hierro, *Poesías completas* 84), había dicho Pepe en *Tierra sin nosotros* (1947). El célebre poema de Paca “Despedida” comienza también con ese ladrido del pasado:

Decir adiós quiere decir tan poco.
Adiós dijimos a la infancia
y vino detrás nuestro [*sí*] como un perro
rastreado nuestros pasos.
Decir adiós: cerrar esa obstinada puerta que se niega,
la persistente cicatriz que destila memoria.
Decir adiós: decir que no; ¿quién lo consigue?
¿quién encontró la mágica llave?
¿quién el instante que nos desliza hacia el olvido,
la mano que extirpará raíces
sin quedarse para siempre cerrada sobre ellas?
Decir adiós: volver la espalda; pero
¿quién sabe dónde está la espalda?

¿quién conoce el camino que no muere en el pisado atajo?
 Decir adiós: gritar porque se está diciendo
 y llorar porque no se dice nada;
 porque decir adiós nunca es bastante,
 porque tal vez decir adiós completamente
 sea encontrar el recodo donde volver la espalda,
 donde hundirse en el no definitivo
 mientras escapa lentamente la vida. (*Ensayo general* 61)

Los recuerdos golpean noqueándonos y retrotrayéndonos al dolor, mantienen cicatrices que facultan la memoria y de las que es imposible deshacerse. No hay despedida posible del recuerdo, pero siempre queda la poesía, más en Aguirre, donde permanece siempre un halo de esperanza: “la poesía es una herramienta del conocimiento y sirve para sacar lo que llevamos dentro” (Sanz s. p.).

En ese hermanamiento invisible que concede compartir un pasado brutal se inserta este diálogo de Paca en el que enlaza sus recuerdos con los vividos con Hierro, los acaecidos y los posibles, aquellos futuribles deseados en el pasado.

(El 6 de octubre de 1942
 mi padre fue ejecutado
 en la Prisión de Porlier)

Decía Pepe Hierro “Paca,
 ¿te acuerdas de aquel verso de Neruda...
 'nosotros, los de entonces, ya no somos los mismos'?”
 Querido Pepe, qué mal entonces
 tuvimos tú y yo. Yo, servidora,
 como a menudo me sueles corregir,
 tuvo un entonces de lo peorcito.
 Qué le vamos a hacer, hermano,
 “nadie elige su amor”, ha dicho don Antonio.
 Nadie elige tampoco su infancia.
 Casi nadie elige el dolor,
 y menos todavía en el tiempo de las sorpresas,
 en el tiempo de los milagros súbitos,
 en aquel tiempo en que la mañana
 se estiraba como un acordeón
 y algunos días, cuando queríamos recordar;
 ya no quedaba tarde
 y nos teníamos que ir a la cama
 después de una mañana larguísima,
 tan larga que nos había durado hasta la noche.
 Qué año, Pepe, aquel de tu Quinta del 42.
 Cómo dudábamos del porvenir entonces,
 tú empezando a hacer versos,

yo empezando a hacer vida.
 Qué mal año aquel año cuarenta y dos.
 Pero ya ves, hermano, todo pasa
 y, como decía Machado, todo queda:
 han quedado tus versos y mi infancia:
 tu Quinta del 42 jugando al corro con mis doce años,
 “agáchate y vuélvete a agachar”,
 seguro Pepe, que si hubieses andado cerca,
 te habrías acercado a aquella niña:
 “Baronesa, ¿qué hace usted agachada en ese rincón?”,
 seguro, Pepe, segurísimo,
 lástima que no lo supieses
 en aquel interminable mil novecientos cuarenta y dos. (Aguirre,
Espejito, espejito 63)

Se produce una especie serendipia de ese año, el 42, fatídico para Aguirre por la desgarradora pérdida del padre –“Cuando mataron a mi padre / nos quedamos en esa zona de vacío / que va de la vida a la muerte, / dentro de esa burbuja última que lanzan los ahogados, / como si todo el aire del mundo se hubiese agotado de pronto. / Ahí nos quedamos, / como peces en una pecera sin agua, / como los atónitos visitantes de un planeta vacío” (*Ensayo general* 151)–, con la pesadumbre padecida por niños que habían vivido la guerra en primera persona y sufrían ahora, ya jóvenes, la posguerra y la desesperanza de un futuro desolador. En *Quinta del 42* (1952) Hierro habla de una generación de españoles, la suya, que tras la guerra sufrieron tanto o más que en ella, porque su conciencia ya había cruzado la mayoría de edad. En ese año, Paca Aguirre contaba doce, había vuelto de un breve exilio y acababa de madurar de golpe tras enfrentarse al trauma del asesinato de su padre: “Ser niño en el cuarenta y dos parecía imposible” (Aguirre, *Ensayo general* 49), escribe en *Ítaca* (1972).

Encuentra un nexo de unión en el padecimiento y desde el anacronismo intercala relatos de vida presente y pasada, rompiendo así la cadena estricta y ordenada del tiempo recordado. Llama, igualmente, la atención el acercamiento casi naíf al dolor por el asesinato del padre. Los ripios infantiles se mantienen frescos junto a la poesía del amigo, “han quedado tus versos y mi infancia”. Demanda, Aguirre, el factible hecho de la presencia de una mano amiga en aquel “interminable mil novecientos cuarenta y dos”, mientras lamenta su ausencia. En cualquiera de los pasados posibles (anhelables e indeseables) el paso del tiempo y el quedar machadiano de las cosas, conllevan un cambio en las personas. Ni Hierro, ni Aguirre son ahora aquellos, los de entonces, los del cuarenta y dos.

Quizá por este motivo, la influencia machadiana en el recuerdo de la infancia y la juventud y de cualquier otro tiempo pasado es común a ambos escritores; en Aguirre como tristeza: “mi infancia son recuerdos de un tiempo de desdicha” (*Espejito, espejito* 154), confiesa Aguirre, “Una historia infantil llena de sangre” (*Ensayo general* 59), matiza. En Hierro, como deseo “el pasado que no fue nuestro / lo quisiéramos poseer” (Hierro, *Poesías completas* 336); versos cercanos a esos de Machado “Juventud

nunca vivida / quién te volviera a soñar!”. Hay una intención de recuperar lo perdido, “Se canta lo que se pierde”, decía Machado.

Esa memoria de la infancia arroja también a la figura del padre presente, el resguardado por los pensamientos tiernos de la niñez. Podemos verlo en el poema “Padre” de Hierro y en “Los trescientos escalones” de Aguirre. En ambos se nos muestra la presencia de un padre contador o ilustrador que encendía el espíritu del pensamiento y la imaginación. “Bendito sea Dios que inventó los prodigios / que contaba mi padre / perfumado de espliego y de tomillo” clama un José Hierro; mientras Aguirre rememora historias a color “y para eso pasaste días enteros/ pintando una escalera interminable, / una hermosa escalera rodeada de árboles y árboles, / llena de luz y amor, / una escalera para mí, / una escalera para que pudiera subir, / vivir, / y una escalera para descender, / callar, / y sentarme a tu lado como entonces” (*Ensayo general* 156).

Coinciden ambos autores en dar voz a los muertos, en entablar conversación con el padre, quizá porque la voz resucita y da la vida, como en el Lázaro bíblico, quizá porque la palabra hablada desaparece y ansían constatar su presencia una vez más capturándola en un escrito.

[...]

Antes fueron los niños.
Bendito sea Dios que inventó aquellos niños,
vestidos como príncipes o pájaros.
Con voces de cristal, “Papá”, decían a su padre.
Bendito sea Dios por inventar una palabra
milagrosa, jamás oída,
y su padre correspondía
con vaharadas de ternura.

[...]

Mi padre, descolgado del olivo
pronuncia con mis labios las palabras totémicas,
y se estremece este recinto sagrado.
“Coño, joder, carajo, a lavarse la cara, hostias”.
Y abro los grifos, lavabos, duchas, retretes,
se desbordan las aguas que él soñaba
en la choza de adobe y paja
cantan la gloria de la recuperación,
y mi padre navega por las aguas,
le provocho, gritándole desconsolado.
“¡Papá!”. Maricon... glu, glu.
ahogado, recuperado,
navegante por los canales de oro,
vivo ya para siempre. (Hierro, *Poesías completas* 677-678)

El padre ausente de Paca regresa en la noche para entablar conversación con la niña que fue Aguirre, la niña solícita que demanda con ansias infantiles e ingenuamente esperanzadas, con ecos de San Juan de la Cruz.. La adulta de ahora, sosegada por la edad y la vida, se dirige al padre vivo de nuevo en la memoria y el recuerdo y, como en una estampa cotidiana, se despide de él deseándole buenas noches.

[...]

Papá, vamos al puerto, vamos al puerto ahora que hay tiempo
y luego vámonos corriendo a ver el Bois del Hallates,
vamos, que se perdió tu cuadro y ya solo podré verlo contigo y
[para siempre.

Papá, perdimos tantas cosas
[...]

Me he levantado para cerrar la puerta del armario.
Está mi casa sosegada,
apenas en el aire zumba tenue la remota sirena de un barco.
Los que más amo duermen:
mi hija arropada en sus nueve años
y Félix indefenso ante sus treinta y ocho.
Al fin se extingue el eco de los barcos.
Vuelvo a la cama.
—Buenas noches, papá. Hasta mañana si Dios quiere. Que descanses.
(Aguirre *Ensayo general* 156)

Conclusiones

La relación de amistad y admiración entre Francisca Aguirre y José Hierro redunda en una contaminación cruzada de temas y motivos que pueden ser analizados no solo desde las relaciones semánticas, sino que es posible una lectura palimpséstica. Aparte de lo mencionado hasta ahora, cabe reconocer multitud de intertextualidades implícitas a lo largo de otros poemas de ambos, así como paratextos que sustentan la amistad literaria y la mutua admiración. Es necesario seguir indagando en paralelo en las obras en verso y prosa de Francisca Aguirre y José Hierro, prolijas en palimpsestos y en sus relaciones transtextuales. Igualmente, cabe incidir en las influencias mutuas que se producen entre una y otra obra, mayoritariamente no explícitas, pero latentes en sus obras. Merecen un especial detenimiento por no haber sido tratadas hasta la fecha.

OBRAS CITADAS

- Aguirre, Francisca. "La otra música". *Cuadernos Hispanoamericanos*, 263-264, mayo-junio, 1972, 331-338.
- . *Espejito, espejito*. San Sebastián de los Reyes: Universidad Popular José Hierro, 1995.
- . *Ensayo general. Poesía reunida*. Madrid: Calambur, 2000.
- . *Nanas para dormir desperdicios*. Madrid: Hiperión, 2008.
- . "Ocho años sin Hierro". *Nayagua*, 13, 2010, 95-96.
- . "José Hierro; una presencia permanente". *Hierro ilustrado. Antología gráfica y poética de José Hierro (1947-2022)*. Pról. Aguirre, F., de Cuenca, L. A. Madrid: Nordicalibros, 2022.
- Almela Boix, Margarita "«Para que la vida no yazga envuelta en alto olvido»: Imágenes de memoria en la obra de Francisca Aguirre". *Ecos de la memoria*. Coords. Almela Boix, M., García Lorenzo, M. M., Guzmán, H., y Sanfilippo, M. Madrid: UNED, 2011, 11-37.
- Angulo Menassé, Andrea. "Memoria poética como prenda de abrigo". *Re-visiones*, 11, (Ejemplar dedicado a: Feminismos: revueltas y tácticas de resistencia. Imágenes de un mundo por venir), 2021, 1-8.
- Asurmendi, Cecilia Lucía. *Entre el desamparo y la morada: la obra de lenguaje de Francisca Aguirre* [tesis doctoral]. Universidad Nacional de Córdoba, 2021, <https://rdu.unc.edu.ar/bitstream/handle/11086/28124/Tesis%20Asurmen%20con%20cc%202021.pdf>
- Bados Ciria, Concepción "Francisca Aguirre, Pilar Paz Pasamar, Angelina Muñiz-Huberman: transiciones a la senectud de tres poetas de la generación del cincuenta". *Tiempo de mujeres: literatura, edad, y escritura*. Coords. Almela Boix, M., Guzmán García, H., Sanfilippo, M., Zamorano, A. I. Madrid: UNED, 2015, 57-76.
- Begines Hormigo, José Manuel. "El poema «Vida» de José Hierro. Análisis métrico-estilístico". *Rhythmica: Revista Española de Métrica Comparada*, 18, 2020, 13-33.
- Bellveser, Ricardo. "Francisca Aguirre a cuenta de Paca Aguirre". *La palabra silenciada: voces de mujer en la poesía española contemporánea (1950-2015)*. Coords. Sánchez, M.^a R., y Gahete, M. Valencia: Tirant lo Blanch, 2017, 223-235.
- Cacciola, Anna. "Refractaria y refractiva: el mito de Penélope en la poesía de Francisca Aguirre y Luisa Castro". *Voces de mujer en la poesía española de la Transición*. Coord. Payeras Grau, M. Madrid: Visor, 2020, 59-78.
- Culebras Carnicero, Lorena. "El refugio y la evasión. Los productos culturales en la obra de Francisca Aguirre". *Ámbitos: Revista de Estudios de Ciencias Sociales y Humanidades*, 29, 2013a. 61-70, https://helvia.uco.es/xmlui/bitstream/handle/10396/11785/Ambitos_29_07.pdf
- Culebras Carnicero, L. "Francisca Aguirre: memoria y poesía". *Desde las orillas: poetas del 50 en los márgenes del canon* Coord. Payeras Grau, M. Sevilla: Renacimiento, 2013b, 69-86.

- . *La obra poética de Francisca Aguirre: Historia y memoria*. Tesis. Universidad de las Islas Baleares, 2017. Archivo digital.
- Fernández Martínez, S. “El cuerpo, catalizador de la memoria. Autodiégesis poética en *Historia de una anatomía*, de Francisca Aguirre”. *Mundo hispánico: cultura, arte y sociedad*. Eds. Lobato Fernández, A., De los Reyes Aguilar, E., Pereira García, I., García Teijelo, P., y García González, C. León, Universidad de León, 2019, 553-569, <https://buleria.unileon.es/handle/10612/11449>
- García Martín, José Luis. *Ensayo general (1966-2000)*. *El Español*, 6 de septiembre de 2000.
- Hierro, José. *Poesías completas*. Ed. de Julia Uceda y Miguel García Posada. Madrid: Visor, 2009.
- Ismail, Rasha Ahmed. “La figura de Penélope en *Ítaca* de Francisca Aguirre como configuración de la soledad: psicología íntima y simbolismo mítico”. *Calamus Renascens: Revista de Humanismo y Tradición Clásica*, 8, 2007, 7-24.
- Jurado Morales, José. “El discurso cívico y humanizado de Francisca Aguirre”. *Ámbitos*, 29, 2013, 33-40.
- López-Baralt, Luce. *Entre libélulas y ríos de estrellas: José Hierro y el lenguaje de lo imposible*. Madrid: Cátedra, 2002.
- Manrique, Jorge. *Coplas por la muerte de su padre*. Ed. Díaz Castañón, C. Madrid: Castalia, 1983.
- Mantero, Manuel. “José Hierro y el tiempo que huye de nuestros brazos”. *Cuadernos de Ágora*, 67-70, 1962, 38-42.
- Marina Sáez, Rosa M.^a “El mundo clásico en la poesía de Francisca Aguirre”. *Nova et vetera*, vol. 2. Eds. Aldama Roy, A. M.^a, Del Barrio Vega, M.^a F., y Espigares Pinilla, A. Madrid: Sociedad de Estudios Latinos, 2002, 751-759.
- Martínez Ezquerro, Aurora. “El discurso retórico en Mariluz Escribano y Francisca Aguirre sobre la (re)construcción de la memoria. Ausencias y presencias en la formación literaria. *Hispanófila: Literatura - Ensayos*, 197 (Ejemplar dedicado a: La literatura sumergida. Canon, patriarcado y poesía escrita por mujeres en la España contemporánea [1927-2020]), 2023, 67-82, <https://doi.org/10.1353/hsf.2023.0006>
- Miró, Emilio. “Mester de vida”. Prólogo a Francisca Aguirre. *Ensayo general. Poesía reunida*. Madrid: Calambur, 2000, 7-24.
- Mudrovic, W. Michael. “Modelos de maestría: el arte de la memoria en *Pavana del desasosiego* de Francisca Aguirre”. *Hispanic Poetry Review*, 8(2), 2010, 37-52.
- Mudrovic, W. Michael. “In search of a moral compass: «negativos», a poetic sequence by Francisca Aguirre”. *Anales de la Literatura Española Contemporánea*, 36(1), 2011, 163-186.
- Muro Munilla, Miguel Ángel. “La memoria traumática de la infancia en la Guerra Civil como piedra angular de la poesía de Francisca Aguirre”. *La esperanza entre cenizas: compromiso, identidad y texto en la poesía española de los siglos xx y xxi*. Coords. J. J., y Vara Ferrero, N. Sevilla: Renacimiento, 2023, 231-266.
- Oliván, Lorenzo. “Palabras verdaderas”. *Poesía en el campus (Monográfico dedicado a Francisca Aguirre)* 52, 2007, 5-7.

- Olmo Iturriarte, Almudena del. “La infancia en la poesía de Francisca Aguirre”. *La esperanza entre cenizas: compromiso, identidad y texto en la poesía española de los siglos xx y xxi* Coords. Lanz, J. J., y Vara Ferrero, N. Sevilla: Renacimiento, 2023, 199-230.
- Payeras Grau, María. “Francisca Aguirre ante el mar de Homero”. *Lo vivo lejano: poéticas españolas con la tradición*. Coord. Romano, M. Mar del Plata: Universidad Nacional de Mar del Plata, 2009, 83-100.
- . *Voces de mujer en la poesía española de la transición*. Madrid: Visor, 2020.
- Pérez López, María Ángeles. “Prólogo”. *Francisca Aguirre. Ensayo general. Poesía completa*. Barcelona, Calambur, 2018.
- Pulido Tirado, Genara (2021). “Salir de Ítaca: Francisca Aguirre empieza a abandonar a Homero”. *Graiae Camenae: homenaje a los profesores Andrés Pociña Pérez y Aurora López López*. Eds. Molina Sánchez, M., Fuentes Moreno, F., Hoces Sánchez, M.ª C., De Miguel Mora, C., y Rodríguez Peregrina, J. M. Granada: Federación Andaluza de Estudios Clásicos / Instituto de Estudios Humanísticos / Editorial Universidad de Granada, 2021, 587-600.
- Ripoll, José Ramón. “La música de José Hierro”. *Visiones de Hierro. Portal de escritores Centro Virtual Cervantes*, https://cvc.cervantes.es/literatura/escritores/hierro/acerca/visiones_02.htm.
- Sabadell Nieto, Juana. El monólogo dramático: entre la lírica y la ficción. *Tropelias 2*, 1991, 177-186. https://doi.org/10.26754/ojs_tropelias/tropelias.199123463
- Saneleuterio, Elia. *Símbolos de la fragmentación en los últimos libros de José Hierro*. Córdoba: Universidad de Córdoba (UCOPress), 2022.
- . *La palabra subterránea. Emblemas y arquetipos en la poesía de José Hierro*. Alicante: Universidad de Alicante, 2024.
- Sanz, Martín. “Al final lo único que merece la pena es escribir y jugarse la vida en ello”. Entrevista a Francisca Aguirre. *El mundo*. Ed. Alicante. 13 noviembre 2001.
- Segura Amancio, Andrés de Jesús. “La enunciación lírica y los ecos del dolor en la obra de senectud de Francisca Aguirre: construcción de un discurso de la memoria”. *Siglo XXI, Literatura y Cultura Españolas: Revista de la Cátedra Miguel Delibes*, 21, 2023, 211-243.
- Todorov, Tzvetan. *Los abusos de la memoria*. Barcelona: Paidós, 2008.
- Torres Nebrera, Gregorio. “«Lope. La Noche. Marta». La alucinación de José Hierro”. *Comentario de textos. Poetas del siglo xx*. Ed. Francisco J. Díaz de Castro. Palma: Universitat de les Illes Balears, 2001, 191-216.
- Ugalde, Sharon Keefe. “Traumatic memories in poetry of Francisca Aguirre”. *Ojáncano. Revista de Literatura Española*, 40, 2011, 7-20.
- Valero Gómez, Manuel. “Francisca Aguirre (1930-2019)”. *Creadoras mediterráneas de todos los tiempos*. Coords. Sanmartín, R., y Manaut, S. Alcorcón: Lastura., 2022, 339-348.
- Valero Gómez, Manuel, y Saneleuterio, Elia. “«Llueve el domingo para nadie»: la poesía de Francisca Aguirre de la odisea al abrigo”. *La rosa incómoda. Lecturas*

e identidades femeninas en la literatura contemporánea. Eds. Saneleuterio, E., y Valero Gómez, M. Granada, Comares, 2024, en prensa.